Domingo 26 de noviembre de 1995

PRIMER PLANO

EL CRACK
Cuento inédito de Roa Bastos
4/5

BERNARDO NEUSTADT
8
La cara rosada de un oficio
Por Marcos Mayer

FUTBOL Y LIBROS, UN CLASICO COMO BOCA Y RIVER

"Cada gol es siempre una invención, es siempre una subversión del código, cada gol es una ineluctabilidad, fulguración, estupor, irreversibilidad", dijo Pasolini. En la Argentina el fútbol es una pasión y como tal llega al mundo de la literatura. Camus amaba este deporte, pero Borges lo trataba con cierta ironía, Soriano y Galeano se deslumbran, Fontanarrosa goza y Sasturain se divierte. Martínez Estrada y Sebrelli fustigaron el deporte de masas y Roa Bastos lo ama, como lo demuestra en el cuento inédito que publica este número de **Primer Plano** junto con poesías apasionadas de Carlos Ferreyra al "Ronco" Ermindo Onega, de Mario Jorge De Lellis a Boca Juniors y de Humberto Costantini a Estudiantes de La Plata

LETRAS de PASION

LA POESIA

SERGIO S. OLGUIN

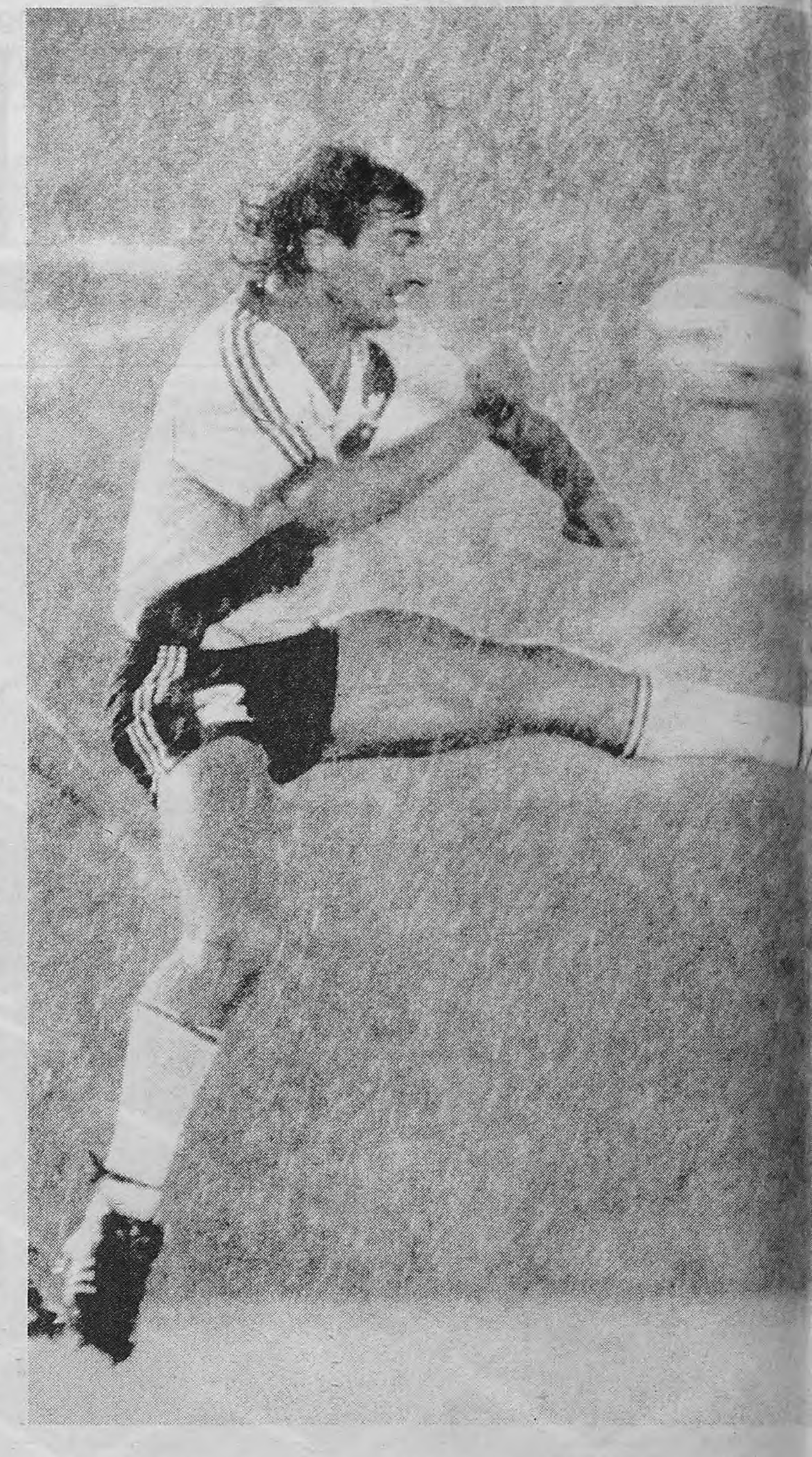
Menotti? –preguntó Jorge Luis Borges en pleno Mundial '78– ¿Qué es... un filósofo griego?" Tenía otros comentarios sobre el tema, como cuando dijo: "Ya son grandes para correr atrás de una pelota, por qué no le dan una a cada uno y listo". Pero así como Borges tenía esa mirada irónica hubo otros que se apasionaron, como Albert Camus que había jugado de arquero en un club argelino y aseguraba que "lo que finalmente sé con mayor certeza respecto de la moral y de las obligaciones de los hombres lo aprendí en el Racing Universitario de Argel". Fútbol y literatura mantienen una relación tan apasionada para algunos como desacreditada para otros. Dos ingredientes obligatorios para que una relación perdure. En la Argentina hay escritores que aman el fútbol y quienes lo desprecian (y odian o desprecian a los escritores que aman el fútbol).

¿Una exageración? Tal vez. Lo cierto es que la pasión futbolera conlleva siempre cierto grado de exageración, ya sea en la cancha, en la tribuna o ante la hoja de papel. En un tiempo de dioses agonizantes, de derrotas y confusiones ideológicas, en el fútbol todavía se refugia la épica, donde los héroes están vivos, donde las batallas se renuevan domingo a domingo y donde el grito desaforado se convierte en poesía.

Las relaciones entre la palabra escrita y la pelota tienen cruces más difusos, menos obvios. Uno de los "padres fundantes" de este cruce fue Ricardo Lorenzo, Borocotó (padre), y sus crónicas aparecidas en los primeros años de la revista *El Gráfico* donde firmaba una columna llamada "Apilada". Borocotó también publicó **El diario de Comeuñas**, una novela que recurría al costumbrismo más exasperado y que junto a películas como **Pelota de trapo**, de Torre Ríos, y **El hincha**, de Discépolo, así como algunos tangos de las décadas del 20 y del 30 crearon toda una mítica alrededor del potrero.

Es imposible hacer un recuento de todos los autores de aquí, de allá y de todas partes que tomaron el fútbol como materia prima. Algunos (como Peter Handke en su novela **El miedo del arquero al tiro penal**) utilizan el fútbol como excusa para desarrollar otro tipo de obsesiones. Otros, como Roberto Fontanarrosa, tienen integrado al fútbol en su poética de tal manera que es imposible imaginar su narrativa sin las vicisitudes de un partido. Tanto en su novela **Best-Seller** como en sus libros de cuentos, los personajes aman, viven y odian a partir de la camiseta de algún club (como buen "canalla", los "buenos" en sus relatos son siempre hinchas de Rosario Central). Fontanarrosa es autor de un cuento memorable: "19 de diciembre de 1971" (incluido en la antología preparada por Valdano), donde un "comando canalla" secuestra a un viejo hincha de Central que nunca vio perder a su club, pero que va a estar ausente en una nueva edición del clásico rosarino debido a sus problemas cardíacos. El viejo muere con el primer gol de Rosario. ¡Qué muerte tan heroica para una vida dedicada a sufrir desde el tablón! coinciden la barra rosarina y Fontanarrosa. Su último libro, **La mesa de los galanes**, incluye otra obra maestra, "La observación de los pájaros", un relato que tiene como eje, una vez más, al clásico Central-Newell's.

Fontanarrosa ilustró uno de los libros futboleros más encantadores: **El día del arquero**, de Juan Sasturain, reflexiones y relatos más cerca de la poesía que de un sesudo tratado sociológico. Sasturain también va a publicar en abril del año que viene un nuevo volumen de textos futboleros: **Wing de metegol**.



"El goleador de un campeonato es siempre el mejor poeta del año" afirmó Pasolini, hincha y jugador de fútbol, al igual que Camus, quien decía que lo más importante que sabía sobre los hombres lo había aprendido cuando jugaba de arquero en un equipo argelino. Borges se reía del fútbol con aguda ironía, pero otros narradores como Soriano y Roa Bastos, poetas como De Lellis y Costantini, dejaron que la pasión por el deporte impregnara sus obras.

El arquero bisexual

Eduardo Galeano dedicó uno de sus libros al tema: **Fútbol a sol y sombra**, y Osvaldo Soriano, hincha fanático de San Lorenzo, aporta sus **Cuentos de los años felices** donde recupera la mítica del fútbol chico –ese que se practica en los pueblos y barrios con igual fervor que en el Monumental– y funda una mitología delirante que se desarrolla en la Patagonia. En la narrativa más joven también está presente el fútbol: **La pérdida de Laura**, novela de Martín Kohan, tiene como coprotagonista a un fanático de River que vive sólo para su pasión futbolera.

En muchas obras el fútbol aparece como metáfora de la sociedad, de una realidad más compleja. Así ocurre en la obra teatral de Agustín Cuzzani, **El centrofoward murió al amanecer** (título plagiado por Manuel Vázquez Montalbán en su novela **El delantero centro murió al atardecer**). Lo mismo ocurre en **El clásico de los clásicos** (novela de Carlos Ares que se desarrolla en los momentos previos de un Boca-River que define el campeonato local) o en **La calle de los caballos muertos**, donde Jorge Asís ficcionaliza un fenómeno lateral del fútbol: las barras bravas.

De Pacho O'Donnell (en **Las hormigas de Carlitos Chaplin**) a Marcelo Cohen (en **El buitre en invierno**) abundan los narradores que tienen algún relato dedicado al fútbol aunque no hayan insistido luego en esa temática. También hay obras no tan recordadas como **Domingo sin fútbol** de Luis Mario Lozzia. Hay, además, narradores de los que se desconoce su pasión futbolera y, sin embargo, tienen libros con futbolistas de protagonistas. Tal es el caso del muy británico Julian Barnes, que ha escrito una serie de novelas policiales (**Con las botas puestas** es la única traducida al español), que tienen como investigador a Duffy, un arquero bisexual. El fútbol y la literatura dejan espacio para algunas rarezas como la novela del español Eduardo Mendicutti, **Los novios búlgaros**, que no tiene ninguna referencia al fútbol y sin embargo el epígrafe que abre la novela sentencia: "La bondad es la perdición de los hombres", firmada por su autor, Xristo Stoichkov, que no es ningún filósofo estoico sino el siempre efectivo delantero del seleccionado búlgaro.

"Un lenguaje poético"

En el mundo de las letras hay también quienes patean en contra. Algunos con la ironía de Borges y otros que han dedicado un libro entero, como Juan José Sebrelli (**Fútbol y masas**), donde el árbol (la manipulación de las masas) no permitió ver el bosque futbolero. Con un pesimismo más metafísico también Ezequiel Martínez Estrada fustigó la práctica futbolera en **La cabeza de Goliat**.

Pero hay también escritores que se pusieron la camiseta para salir a la cancha. Uno de los más destacados fue el italiano Pier Paolo Pasolini, que llegó a ser capitán del equipo de la Facultad de Letras de la prestigiosa Universidad de Bolonia. En 1941 Pasolini y sus compañeros salieron campeones interfacultades. El autor de *Teorema* escribió en un artículo: "El del fútbol es un sistema de signos, por lo tanto es un lenguaje. Se puede hacer un fútbol como lenguaje fundamentalmente prosístico y un fútbol como lenguaje fundamentalmente poético. (...) Hay

---

HUMBERTO COSTANTINI

PORTEÑO Y DE ESTUDIANTES

Uno vivió humillado y ofendido,
se sintió negro, paria,
risible minoría,
adventista, croata
o bicho raro.

Uno aguantó silencios,
miradas bocayunior,
sonrisas riverplei
y condolencias.

Uno sufrió, mintió,
dijo no es nada,
se congeló el amor en un descenso,
honestamente quiso sacudir su carga.

Uno debió explicar con voz de tío
que había una vez un Lauri,
y había un Guaita,
y había una delantera,
y había un sueño dragón y una princesa,
y había un rey Estudiantes de La Plata.

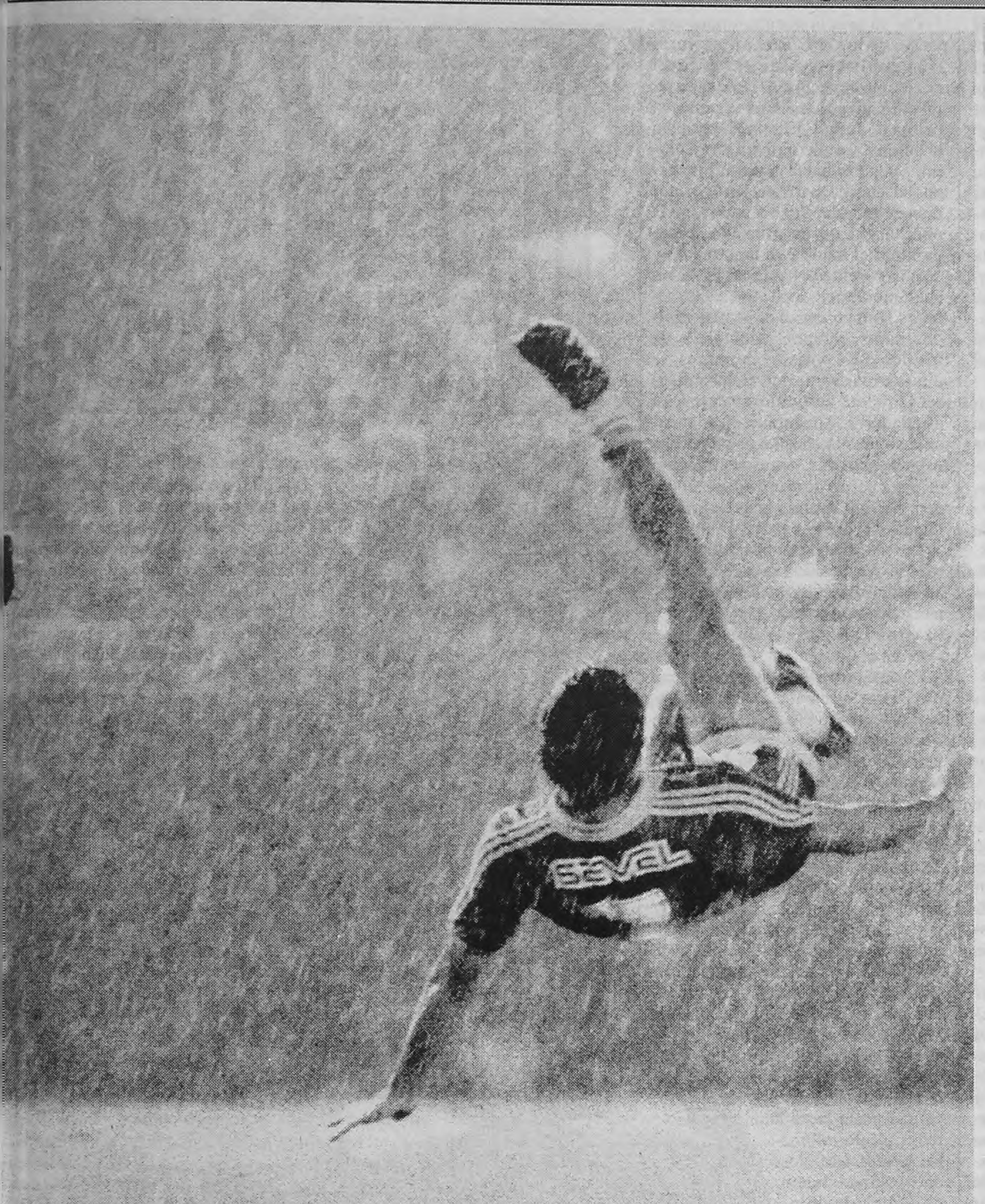
Uno dejó colgada durante veinte años
la foto de Zozaya,
porque sí, porque bueno, por costumbre,
porque le daba no sé qué sacarla.
Y un día la sacó
como se sacan
los relojes viejos,
el diploma de sexto
o las nostalgias
(estaba desteñida y amarilla,
y en la pared quedó como una marca
o un fantasma.)

Uno se fue,
se rechifló del fútbol,
por despecho
se volvió criticón y sociológico;
se dedicó al latín, al mus, a la política,
al ajedrez, al sánscrito, a la siesta,
a la literatura, o a Beethoven,
o simplemente a nada.

Y se indignó
y habló del opio de los pueblos,
y la revolución
que se vacía en el vicio de las canchas.

Y aguantó como un hombre,
y vio a su hijo
colgar la foto de Rattin
(justo en aquella marca)
y lo vio bostezar
de tanto cuento viejo y tanto Lauri,
tanta caperucita y príncipe encantado y tanto rey Estudiantes de La Plata.

Uno vivió humillado y ofendido
se sintió negro, paria,
risible minoría
adventista o croata.
Entonces
¿se dan cuenta
por qué ando así
bastante bien últimamente
con sonrisa de obispo
y con dos alas?



CARLOS FERREIRA

RESCATE

Así como respeto
a la efímera existencia
acuso frente al mundo
a la famosa muerte,
aquella milenaria prostituta
que un día terrible de
diciembre
se enamoró del hombre
que jugaba.
Se enamoró, no más,
la vieja muerte,
de aquel que llevaba
la frente erguida y
despejada.
Lo rescató del hierro
retorcido,
le dijo te regalo
el espacio de mi cielo,
toda la cancha, la pelota...
Y así fue que organizó
un partido a beneficio
total de la belleza
al que asistieron
las almas del lugar.
La crónica asegura
que fue una fiesta
de espíritus y asombros,
que la comarca entera
siguió al titiritero
de la ronca voz
para gritarle Ermindo.
Por eso se quedó.

MARIO JORGE DE LELLIS

BOCA JUNIORS

Uno sabe el color de la bandera sueca,
desarrancado gol grito del hincha,
vocación de este Boca boca llena,
tictac de historia de tablones
chuenga a chuenga.

Uno siente la sangre de azul-oro
metiéndose en las venas
por un punto de más, por una nada.
Y ocurre que ni almuerzo ni merienda
tienen algo que ver,
ocurre que la novia zaguanera
o el padre encabezando los domingos
miran pasar la tarde bizcochada
y esperan como espera,
pasivamente el lunes.

Uno se va volado, está de loco al paso,
refuerza el corazón, grita sin grieta,
aplaude el gol sellado en la gambeta,
siente su afán,
lo sigue hasta en la sexta.

Y siempre, cuando ese sol domingo
color pájaro
le pega en la cabeza,
cuando tiene en capilla la memoria
o en blanco la leyenda,
suelta nombres con nombres a medida
que los nombres lo sueltan:
tesorieri capando los penales,
bidoglio con refrán en cada pierna,
lazzatti semafórico a las puntas,
cherro firmando la pelota para una
ida y vuelta,
arico llevándola al desprecio,
varela en boina suelta,
sarlanga como dulce golosina,
angelillo maestro, filósofo, poeta.

Así, de Boca en boca, lo inconsolable
tiene
consuelo de domingo por la siesta:
léxico libre loco levantado,
potrerío de fiesta.

Hacer la flor de bocajuniors, hacerlo
con belleza,
hablar del pueblo pobre que sin pedir
permiso
se vuelca hacia la izquierda
es un primaveral de cosas hipotéticas:
¿qué pensarán los clásicos,
qué pensará la golondrina bécquer,
qué espronceda?

No sé. Pero ese pueblo vivo
que empuja y desempuja, que parla y
parlamenta,
es el único eco de estas voces
y el único que cuenta.

Viéndolo andar de Boca al hombro,de
corazón con quince estrellas,
de pasión sin corbata,
le digo este poema.



momentos en el fútbol que son puramente poéticos: se trata de los momentos de gol. Cada gol es siempre una invención, es siempre una subversión del código: cada gol es una ineluctabilidad, fulguración, estupor, irreversibilidad. Igual que la palabra poética. El goleador de un campeonato es siempre el mejor poeta del año".

Entonces se entiende la pasión de Humberto Costantini cuando Estudiantes salió campeón, la entrega de Mario Jorge De Lellis a Boca Juniors y el homenaje de Carlos Ferreyra al Ronco Ermindo Onega, mítico delantero de River Plate (ver aparte).

La literatura futbolera también se nutre de compositores. Desde aquellos tangos poco recordados, como **El sueño del pibe**, hasta **Santa Maradona** del grupo Mano Negra, pasando por Zitarrosa, Jaime Roos o Attaque 77, los cantantes le han rendido su homenaje al fútbol. Lo mismo ocurre con poetas como Julio Huasi, Roberto Santoro o los incluidos en este número de **Primer Plano**.

¿Cómo olvidar –a la hora de hablar de poesía, de pasión, de gambetas y rabonas– a Osvaldo Ardizzone? Pocos como él han reflejado en sus artículos de la revista *Goles* la belleza del juego. Su manejo dellenguaje, su particular manera de puntuar las frases, su indiscutible conocimiento del fútbol, lo convierten en uno de los grandes narradores de esta pasión deportiva. Hoy, después del Boca-River, después de que Maradona y Francescoli enciendan la magia, después de que el más bello simulacro de enfrentamiento haya terminado, no va a faltar el poeta, el narrador, el cronista que garabatee unas líneas tratando de encerrar lo imposible: la dramática belleza de una pelota perdiéndose en el fondo del arco.

CAMUS, UN HINCHA DE RACING

Por S.O.

El fútbol –y no el estudio o los libros– era lo que realmente apasionaba a Albert Camus adolescente. En 1928, tras un breve paso por la Asociación Deportiva Montpensier, jugó en el equipo junior del Racing Universitario de Argel como arquero. También había jugado como centrodelantero pero, no obstante su habilidad para el amague y el toque, se desempeñaba mejor bajo los tres palos. Practicando fútbol, Camus fue desarrollando una filosofía de vida: "Aprendí pronto –diría mucho tiempo después en una entrevista– que una pelota nunca llega del lado que uno espera". E insistía: "Tras muchos años en los que el mundo me ha brindado innumerables espectáculos, lo que finalmente sé con mayor certeza respecto a la moral y a las obligaciones de los hombres, se lo debo al deporte, lo aprendí en el Racing Universitario de Argel".

Camus se destacaba dentro de su equipo. Algo nada extraordinario si se considera que el equipo junior del Racing argelino perdía casi todos los partidos. Pero en las derrotas poco tenía que ver Camus, que casi siempre terminaba convirtiéndose en la figura del encuentro. Todos estos detalles se conocen gracias a que el Racing argelino editaba desde entonces un periódico que incluía detalladas crónicas de los partidos.

Tal vez hubiera llegado a jugar en primera si a los 17 años no hubiera sido víctima de la tuberculosis. El jugador dejó paso al hincha fanático: durante toda su vida seguiría a su equipo, o a cualquier equipo que se llamara Racing: "Yo no sabía que veinte años después (de abandonar el fútbol), en las calles de París y hasta de Buenos Aires, la palabra 'Racing' pronunciada por un amigo reencontrado me haría todavía retumbar el corazón de la manera más salvaje".

Camus se había hecho hincha del Racing de París y todos los domingos concurría a la cancha con periodistas (Maurice Nadeau, Victor Péroni), intelectuales (Raymond Aron, Roger Grenier) y hasta con la actriz María Casares. En 1945 Racing de París se consagró campeón de la liga francesa.

Cuando en los años '50 Camus se peleó con casi todos los medios de prensa, cuando no quería escribir ni aparecer en ningún diario, el único medio que contaba con sus artículos incondicionalmente era el periódico del Racing argelino. Camus había escrito: "Yo quiero tanto a mi equipo por la alegría de las victorias, tan maravillosa cuando va unida al cansancio que sigue al esfuerzo, pero también por esas estúpidas ganas de llorar en las noches de derrota".



EL CRA

A Jorge Valdano, maestro del fútbol, en su triple magia de juego-espectáculo, de arte, de modelo de vida social.

POR AUGUSTO ROA BASTOS

Goyo Luna, puntero izquierdo del Sol de América, era, a los veinticinco años, un esmirriado depósito de perfecciones ocultas. De su aspecto físico, mejor no hablar; sobre todo ahora cuando ya no está entre nosotros. Hay que recordarlo vivo, sin aureola ni nada, pero con el respeto que se debe a los que dieron su vida por el fútbol. ¡Y de qué manera ofrendó la suya Gayo Luna, señores! Hoy, justamente, se cumplen diez años de su desaparición, el mismo día en que metió su último gol de triunfo, el que lo llevó a la tumba después del encontronazo con el poste fatal de la portería de El Porvenir. Es difícil describirlo tal como era, porque lo que valía en él era precisamente lo que no se veía, dicho sea sin humor y con tristeza: sus dotes de buena persona, su genio de futbolista, su generosidad, su bondad, su humildad. Nunca quiso ser más de lo que naturalmente era. Y a la verdad, poco era lo que representaba el hombre, al menos en su aspecto exterior.

De baja estatura, 1,60 a gatas, algo patizambo y chueco. Sobre todo del pie izquierdo, que lo tenía muy torcido hacia adentro. Esto, que podía constituir un inconveniente serio para un puntero izquierdo, a Goyo no le molestaba en absoluto. Al contrario, ese defecto era su orgullo, el instrumento perfecto que le había convertido en el mejor futbolista del país, dicho sin exagerar.

El torso, de un verdadero atleta, doblaba la longitud de las piernas. Sus brazos largos y flexibles casi tocaban el suelo con las manos. Dobladas sobre el dorso, el cuerpo en posición fetal, esas manos grandes y apalmetadas le servían de patines en los rushings violentos hacia el área enemiga.

Era un microcosmo en equilibrio sobre sus dos patas de pato y sus dos manos palmípedas que le permitían patinar, planear, volar, hacer volteretas para evitar los encontronazos y salir de los entreveros.

Las espaldas, es cierto, las tenía un poco cargadas como las de un viejo ujier de juzgado. De la dentadura no le quedaban sino cuatro dientes más o menos sanos: un canino, los dos colmillos y un molar, pero se las arreglaba para no padecer. Prefería morir de hambre que de ganas de comer. Nunca admitió que se le hiciera una prótesis dental.

En la báscula ese exiguo esquema de huesos forrado de piel y nervios, sin un átomo de grasa, pero incandescente, de una energía incalculable -sobrenatural, uno estaría tentado de decir, como lo demostró al final–, marcaba 58 kilos, siempre. Y eso que era un comedor de ley, capaz de devorar sin apuro dos raciones juntas para gigantes glotones de 1,90 y 80 kilos de peso. Las deglutía sin apuro, morosamente, como si sorbiera helados de exótico sabor que le ponían en estado de trance. Sobre la lengua le habían crecido unos pinchos córneos y filosos, como los de la escofina, que le permitían dar cuenta del asado en tiempo normal y hasta roer limpiamente los huesos, dejándolos mondos y lirondos. Si algo hacía olvidar las imperfecciones de su aspecto físico, eran los ojos. En esos ojos de un gris acerado, casi verdoso, con estrías doradas, como los de un gato birmano, se hallaba concentrada toda la perfección y la energía increadas de esa escuálida figura.

En los ojos se resumían y traslucían sus cualidades invisibles. Sus miradas casi magnéticas, de gran hermosura y expresividad, sabían ser amables y cordiales cuando la ocasión lo requería, pero se volvían duras e inflexibles ante la injusticia o la provocación. A más de un hombrón, agresivo y sobrador, de los que abundan en las canchas, esos ojos les habían hecho doblar la cerviz con sólo mirarlos.

En el campo, en lo más intenso del juego parecían taladrar el tiempo y el espacio, adivinando la trayectoria del balón en el laberinto casi infinito de variantes posibles; el punto exacto para el toque, el ataque, para el pase o para el gol. Allí estaba él, siempre, embalado para la acción. En el espacio verde de la cancha, abierto al polvo matemático del cálculo de probabilidades –del que él felizmente nada sabía, salvo por instinto–, era donde el desgalichado depósito de perfecciones ocultas las descubría, una a una, con una sabiduría nueva y deslumbrante cada vez, en la ciencia infusa del fútbol, ante el fragor de veinte mil espectadores.

Su larga y lacia melena con crenchas entremezcladas de oro y betún negro, lustroso, siempre atada con una vincha blanca, le caía sobre los hombros y volaba al aire tiesa, como el yelmo de Mambrino. Había en Goyo Luna fragmentos de América india y de Europa central integrados en un mestizaje con lo mejor de cada origen. Pronto se hizo popular en los estadios ese gaucho casi enano que parecía entrar en trance por la alucinación del gol, por la ansiedad febril de ganar que le hacía temblar como atacado de malaria, cada domingo. Y es que su pueblo, encharcado por las inundaciones, era el caldo de cultivo del mosquitorío del paludismo que hacía temblar hasta a los árboles.

Los jugadores rivales, incómodos y despreciativos, como a una pelota desinflada lo veían. Lo veían como un muñeco de trapo, al que había que arrojar de la cancha a puntapiés cuanto antes. Pero él sabía evitar los fouls y las patadas asesinas, mientras mantenía girando a su alrededor el balón con esguinces de malabarista.

Este fue precisamente el primer apodo con el que el público lo bautizó. A medida que iba aumentando su popularidad le fueron poniendo otros: el Gaucho, el Gato, la Culebra, el Bochín, el Piojo, según la inspiración y el humor del público, en el delirio hacia su ídolo. El apodo que él más amaba era El Malabarista, porque le recordaba a su padre Peter Schoerner, de origen alemán, de Baviera, que de chueco no tenía nada. Era un virtuoso de los juegos malabares. Fue su primer maestro, en el circo ambulante bajo cuya lona ambulante había nacido.

Su madre, María Luna, nombre que aparecía en los afiches, paraguaya de origen, nacida en la gran diáspora del '47, en Paso de los Libres y educada en los Estados Unidos, trabajaba como trapecista. Ambos eran los dueños del circo que durante años recorrió toda América latina, desde México a Tierra del Fuego. La atracción del número de su madre consistía en que trabajaba sin red. Una noche, en el salto de un trapecio a otro, perdió las manos de su partenaire y sufrió una caída que pudo ser mortal.

María Luna se salvó de puro milagro, pero Goyo, de quien ella se hallaba encinta, sufrió las consecuencias. Nació paralítico y deforme. Peter Schoerner y María Luna vendieron el circo con los elefantes y las fieras a un parque de atracciones de la capital y se dedicaron por entero al cuidado y rehabilitación del hijo minusválido.

Desde los dos o tres años, Peter Schoerner empezó a enseñar su arte al hijo, con tan buena fortuna que, a los cinco de su edad, Goyo no sólo recuperó la normalidad de sus movimientos sino que ganó otros anormales. Rivalizaba con su padre en los ejercicios más difíciles de equilibrio y manipulación de objetos de todas formas y tamaños. El número central de Peter era cierto ejercicio con un balón rojo al que hacía hacer maravillas como formando parte de su cuerpo, y la lluvia de pelotas de colores que giraba a su alrededor como satélites. "Todo el cuerpo del malabarista, le decía su padre, debe ser como un poderoso electroimán." Y Goyo había heredado de sus padres una sangre electromagnética que circulaba velzomente imantando cada molécula de su cuerpo pequeño y deforme.

Por su propia cuenta, impulsado ya sin duda por la irresistible vocación que había nacido con él, o tal vez como reacción a su desgracia, inventó juegos malabares con una pelota de fútbol. El mismo se ataba el balón a sus pies con un largo piolín. Luego se hacía amarrar los brazos al cuerpo para no tener tentación de tocarla. Poco a poco, con la obcecación de un alienado, logró dominar el balón con taquitos muy cortos y veloces hacia atrás, hacia adelante... toc... toc... toc... Los rebotes, imperceptibles de tan rápidos, entre el empeine y el tobillo de los dos pies, entre los hombros, la cintura y la espina dorsal, hacían girar la pelota vertiginosamente a su alrededor. La mantenía en suspensión sobre su cabeza o pegada a sus espaldas por una suerte de atracción de ese cuerpo deforme que parecía generar sus propias zonas de gravitación sobre el balón.

La tenacidad de un pensamiento obsesivo llevado a sus extremos límites acaba en locura. Goyo Luna estaba un poco loco. Pero era feliz en su locura, en su absoluta pasión por el fútbol.

Ensayó y perfeccionó contra una pared, con creciente precisión y potencia, todos los tiros conocidos en el balompié. Dibujó, a distintas alturas, varios círculos del tamaño de una naranja y los ángulos en escuadra de las porterías. Los bombardeaba sin descanso hasta que la mancha del balón húmedo rebotando en la pared coincidiera exactamente con los círculos de tiza y con la brecha de los ángulos superiores de la portería. Borraba todo y volvía a empezar, chutando desde distintas posiciones y distancias, hasta que se caía dormido de cansancio en cualquier parte. Inventó otros tiros con efectos sorpresivos, asombrosos, como el del "balón borracho" o "balón petardo", que salía disparado en espiral desde el óvalo de cal del penal hasta la red. Calculó milímetro a milímetro los once metros de la pena máxima desde la marca al arco, y su correspondencia, en fracciones de segundo, con la intensidad y potencia del tiro. El Gato birmano no era un matemático puro, pero obtuvo cocientes instintivos de rapidez, angulación y precisión muy exactos que su cuerpo memorizaba y regían sus movimientos.

Amaba el gol de penal casi tanto como el de media cancha o el de atropellada. No se equivocó nunca en la ejecución de los tiros penales. De aquí también el apodo de "El Verdugo" que le hacía gracia. Fue entonces cuando puso a punto el disparo tortuoso e imparable del zurdazo a 100 Kms/h. y el tiro espiralado del "balón borracho". Y otro, más sofistica-

Este cuento del escritor paraguayo integra el libro Cuentos de Fútbol que acaba de publicar Alfaguara. La selección y el prólogo fueron realizados por Jorge Valdano, ex jugador de la selección nacional y actual director técnico del Real Madrid. Además del trabajo de Roa Bastos, incluye cuentos y textos de Osvaldo Soriano, Mario Benedetti, Alfredo Bryce Echenique, Fernando Fernán Gómez, Roberto Fontanarrosa, Eduardo Galeano, Manuel Vicent y Juan Villoro, entre otros.



do y sorpresivo aún: el ralentado y suave "barrido" del tiro pluma. El balón, a cámara lenta, daba la impresión de que iba a salir completamente desviado. A medio camino cambiaba de dirección y se metía por donde quería hasta la red, engañando por completo al guardameta que se tiraba hacia el otro costado y caía abrazado al poste.

No todas las cualidades de El Malabarista eran de naturaleza mágica. En todo caso, lo eran de magia genética, habida cuenta el arte de sus progenitores y de los antepasados circenses de Peter Schoerner.

Los Luna y Carvajal de Madrid, Asunción, Buenos Aires y Córdoba, del siglo XVIII, si bien no tenían linaje específicamente circense, se distinguieron por sus condiciones de valor y coraje en la guerra contra los indios. María del Rosario Luna y Carvajal, tatarabuela de María, era hija "furtiva" de un cacique mbayá, prisionero de los españoles en Asunción, con la mujer casi adolescente de un colono viejo y rico, hacia finales de la Colonia. El esbelto aborigen, que parecía hecho de bronce, trabajaba en las plantaciones de tabaco. La joven mujer iba a caballo, a escondidas, a ver trabajar a ese semidiós silvestre. Nació el amor entre el ama y el esclavo, y de ese amor nació la hija. El seductor murió estaqueado bajo el sol de fuego en castigo de su culpa. La joven adúltera,después de tener a su hija María del Rosario, fue separada de ella y enterrada en vida en un convento hasta el fin de sus días.

De aquel amor lejano y desdichado descendía en línea directa María Luna, la mujer-pájaro de los trapecios.

Goyo Luna era uno de esos seres que parecen haber surgido por generación espontánea con un destino prefijado: en su caso, la predestinación de su pasión por el fútbol desde su más tierna infancia. Siempre estaba en su puesto, dentro o fuera del campo. Goyo usaba el apellido de la madre, más fácil de pronunciar que el germánico de su padre. Más romántico también, pese a la trágica leyenda de su origen.

Le gustaba la soledad, le gustaba reflexionar, leer, instruirse. Era un poeta nato. La concepción de su juego estaba llena de poesía. Pero se sentía igual de bien con el grupo de los compañeros o con la gente, cualquiera fuese su condición o nivel social. Lo que le hacía particularmente querido y respetado por todos.

En la cancha sólo pensaba en el gol y no paraba de incubarlo mentalmente hasta ponerlo como un huevo en el nido contrario, solo o en el bordado deslumbrante del trabajo en equipo. No era un individualista rabioso. Odiaba el dribbling, por ejemplo. "Sólo soy indivídualísta cuando tengo pataduras a mi lado", se disculpaba. O bien: "Soy un individuo pero con la multitud adentro...".

Hacía cinco temporadas que jugaba en el Sol de América, de Manorá, el pueblo más pobre del país más futbolero de América. De ese paisito casi desconocido habían salido los Arsenio Erico, los Diego Ayala y otros grandes del fútbol paraguayo y sudamericano. Goyo Luna le había hecho ganar al Sol tres ligas regionales y dos campeonatos nacionales. No iba a abandonar al Sol hasta poner al Paraguay en camino de intervenir en la Copa de América, en la de Europa y hasta en la del Mundo. Y eso también lo cumplió.

–De ahí en más, veremos... –decía reflexivo a sus íntimos, pero jamás hizo declaraciones a la prensa. "No tengo nada que decir", era su cantinela.

Algunos de los jugadores del Sol habían participado ya en los mundiales de México, Brasil y España. Goyo Luna no quiso nunca estar en la selección nacional para la que fue llamado varias veces.

–No es mi lugar –argumentaba simplemente–. No me gusta dejar el pueblo. No me gusta dejar de ser el que soy. Pero no quiero que me juzguen por lo que soy sino por lo que debí ser y no pude. En uno siempre hay un otro que no sabemos quién es y que nos tira pa su lau... –se burlaba de sí mismo, poniendo los labios en trompetilla.

Del mismo modo había rechazado de plano ofertas millonarias de contratos de los principales clubes europeos, que habían enviado observadores para ver jugar al "fenómeno" humano y deportivo surgido en ese escondido pueblecito de un país que parecía no existir en el mapa.

–Un hombre no puede venderse por ningún dinero del mundo –alegaba–. Soy un jugador por la libre. Y si no



puedo jugar en libertad, el fóbal no tiene sentido para mí, no me divierto, no soy feliz. Y la felicidad no hay plata que la pague.

Todos recordaban todavía la mañana en que El Malabarista había venido a hablar con el presidente del Sol para pedir su incorporación a la primera división. Don Gonzalo de Mendoza y Ruiz, rechoncho y enorme, tuvo que agacharse para encuadrar en primer plano al postulante. Lo miró de hito en hito como a una hormiga o a un extraterrestre en quien le costaba reconocer a un ser humano normal.

Parco, digno, respetuoso, Goyo Luna le dijo con su vocecita aflautada que le "provocaba hacer fóbal", lo que pretendía era "enchufarse" de entrada en la división superior.

–Pero... usted... ¿de dónde ha salido...?

–De por ahí nomás...

–¿Qué es lo que sabe de "fóbal"?

–Todo –dijo Goyo Luna con humildad y naturalidad.

–Y usted piensa que puede hacer "fóbal" con esa carrocería que Dios le dio. ¡Si parece el proyecto de un hombre interrumpido con bronca!

–De menos nos hizo Dios –replicó impasible y lejano Goyo Luna–. No me puedo quejar.

–¿Y se puede saber qué es lo que usted piensa del fútbol actual?

–Que todo anda medio regulorón nomás, señor, si quiere que le diga la verdad. El sistema no anda del todo mal. Los toques y los pases, más o menos. Los regates y el marcaje son del tiempo de Ñaupa, una burla para impedidos mentales. De los tiros... qué quiere que le diga. Su mayor defecto es que no tienen efecto. Mientras un jugador no domine el balón con todo el cuerpo, como es debido, mientras no haya un espíritu más ofensivo, mayor coordinación y velocidad en el ataque, más ganas de ganar en buena ley, más divertido será seguir viendo los partidos de la muchachada en los baldíos y potreros.

–Bueno... –dijo don Gonzalo de Mendoza y Ruiz, haciendo volar los papeles de un manotazo– usted...

–Vea, señor –le interrumpió Goyo, dulcemente–. Lo que pasa es que el fóbal está en manos de una santísima trinidad de malevos: los grandes capitalistas del juego, el periodismo deportivo de cáscara amarga y los árbitros de mala leche, que de fóbal no saben un pito, salvo tocarlo cuando no se debe. Si se arruina el más popular de los deportes va a ser por culpa del malevaje de esta santísima trinidad que no tiene un solo Dios verdadero sino varios falsos.

Nunca el Goyo Luna había hablado tanto de un solo golpe para nada. Le costó bajar los párpados sobre los ojos verdosos y dorados que resplandecían marcando un poco al presidente.

Para cortar esa inútil sesión con un "débil mental", don Gonzalo, casi bufando, lo mandó a que viera al entrenador.

–A lo mejor, lo mete en la juvenil, aunque usted ya está pasado de edad.

–No hay edad para ser joven, señor –retrucó otra vez el Goyo, con la cortesía de un marqués.

–O lo pone a acarrear la basura del campo. No se hace todo lo que uno quiere sino lo que uno puede. Adiós, y que no vea más por aquí.

Goyo Luna hizo la venia y se retiró.

Antes de una hora, el entrenador con la cara congestionada, como si estuviera al borde de una apoplejía, irrumpió en el despacho de don Gonzalo, hundido en el hacinamiento de legajos y planillas.

–¡El tipo ése que me mandó es el fenómeno del siglo! ¡No he visto nada igual en ninguna parte! ¡Qué Pelé, ni Di Stéfano, ni Beckenbauer, ni Cruyff, ni Maradona...! Es la suma de todos ellos. ¡Esta mierdita mal hecha es de los grandes del fútbol! ¡Y lo mejor es que no sabe que lo es...! ¡Chueco, zurdo y ojos verdes-dorados... no fallan nunca...!

–Agárrelo y hágale firmar todos los papeles. Pero tenga preparado, por las dudas, el tacho de la basura –dijo don Gonzalo de Mendoza y Ruiz.

Al domingo siguiente Goyo Luna se estrenó como titular en el equipo superior, en el puesto de puntero izquierdo, en el que jugó sin interrupción durante cinco años. En aquel enfrentamiento con su más encarnizado rival, por la clasificación en la semifinal de la Liga, El Porvenir batía al Sol por 0-3. El fogoso Sol de América se está derritiendo bajo el sol del calor y la vergüenza. El entrenador, los directivos, los "hinchas" querían morirse. En los veinte minutos del segundo tiempo, el marcador no se movió. El flamante puntero izquierdo distribuía el juego como un diseñador de alta costura, pero los delanteros del Sol parecían más preocupados por arrancar las florecillas del campo que por plantar goles en la huerta del adversario.

Goyo Luna creyó llegado su momento. Tocó el balón y no lo soltó más. El sinuoso cuerpo de culebra se lanzó por el callejón del ocho. Doblado, a la mitad de su estatura, casi afeitando el césped con su filosa quijada,planeando a la velocidad de una oscura centella, gambeteando, y saliendo por entre las piernas de los jugadores adversarios, cubrió la mitad del campo en menos de diez segundos.

Daba la sensación de que llevara atado el esférico al cordón del botín o pegado a la espalda como una ventosa. Se filtró como un golpe de viento por un claro del muro defensivo y se metió en la portería enemiga. La pelota pegada a la espalda apenas había tenido tiempo de bajar hasta las nalgas. El portero se arrojó sobre la sombra del hombrecillo-culebra cuando éste ya estaba agarrado a la red.

Repitió la hazaña tres veces más ante el delirio de los adictos y la humillación de los rivales. El último gol de penal lo encajó en la red de manera inaudita. Se puso de espaldas al arquero y pateó el balón con un talonazo. Los hinchas aullaron de entusiasmo. El árbitro anuló el gol por antirreglamentario.

A los dos minutos, corner de El Porvenir. Con una palomita Goyo cabeceó limpiamente el balón. Gol 4-3, y El Sol, finalista. Los hombres de El Porvenir se acantonaron sobre el área chica, cubriendo el arco como una asamblea de vecinos con amenaza de desalojo. Estaban todos amontonados como esperando la noche para escapar de un futuro oprobio.

Sobre el medio campo, El Malabarista, con un guitarreo en tiempo de malambo punteaba sus pases de distribución del juego, situando a los suyos en el clásico rombo de 4-4-2. El se ocupó del resto de la faena. Armó el equipo como para un ballet con el tema de la carga de caballería ligera. En cada carga fabricó el gol para cada uno de los lanceros de Bengala, sin cometer un solo off-side, sin pedir permiso a los enloquecidos defensores y mediocampistas, ni al mismo portero, que se tiraba siempre hacia un balón inexistente, mientras el real hacía rebotar ya la red, siempre a ritmo de malambo. El Malabarista se reservó el suyo, el último, para un penal que supo provocar de manera indiscutible. Increíblemente, el "colegiado", en estado de hipnosis, se lo concedió con vagos gestos de converso o de poseso.

El público clamoreaba con resonancias de ultratumba, como si el estadio estuviese sepultado en un acueducto romano.

Goyo Luna, con gestos de nodriza, acomodó el balón en la lunita blanca de cal, como en una cuna de encajes, lo acarició como a un bebé, y el pie chueco lo incrustó de un zurdazo en el ángulo superior derecho. Empate, 33 y el entusiasmo febril de los hombres del Sol.

En el último momento, cinco minutos antes del fin del partido, sucedió lo terrible. El Malabarista se infiltró como de costumbre en el amontonamiento rival. Aprovechó un pase del centro-delantero Zoraya y conectó el balón de cabeza hacia la red. En ese mismo instante, hecho ya el gol, "la pared" de la defensa cayó sobre él como una tromba y lo proyectó de cabeza contra el poste. Se oyó crujir el cráneo como huevo que se quiebra para echarlo en la sartén.

El Goyo Luna estaba caído con la cabeza bañada en sangre sobre el 4-3 del triunfo. El pequeño cuerpo quedó arrollado sobre sí mismo, a la mitad de su tamaño: una nadita de nada, casi fúnebre ya. Sin pérdida de tiempo lo llevaron en helicóptero a la mejor clínica traumatológica de la capital. Conmoción cerebral y pérdida de materia encefálica. El pobre Goyo Luna entró en coma. Don Gonzalo de Mendoza y Ruiz, desencajado, interpeló al jefe del servicio. "Está frito –le contestó al patrón–. No puede durar más de dos días. Mañana le cortamos el oxígeno..."

Lo misterioso, lo sobrenatural sucedió el domingo siguiente. Tarde fría, ventosa, neblinosa, con algo de mortaja y de sudario. Sol y Porvenir volvían a enfrentarse por la clasificación final. Treinta mil espectadores silenciosos. Por primera vez, desde que había memoria, el Sol jugaba sin sol por dentro y sin sol por fuera. Un once de calambre, lamentable, pordiosero. Un cartón rojo salido de la gastritis del referí penó injustamente al Sol. El once quedó reducido a un diez completamente rengo, casi paralítico, totalmente desahuciado. Se reprodujo exactamente el desarrollo del partido anterior. En los veinte minutos del segundo tiempo, Sol perdía 0-3. Todo el mundo, amigos y enemigos, buscaban, adolecidos, la diminuta silueta ausente de El Malabarista. Muchos imaginaron ver al Gato Luna desplazándose a fantástica velocidad por su marca, como solía, sinuoso, pegado al pasto como una culebra. Su imagen no era más que el hueco formado por el deseo, por el afecto, por la pena de que no iban a ver jugar nunca más al mequetrefe del ídolo. Su figura, ya en el recuerdo, planeaba grandiosa por dentro de los treinta mil espectadores, con una melancolía infinita.

De repente lo vieron... ¡Sí, lo vieron...! ¡No en la levedad de la fantasía sino en la espesa realidad! ¡No era el espejismo de una alucinación! ¡Qué pucha... era él...! Corría en su punta como una exhalación. La cabeza vendada con tanto trapo era ahora más grande, dos veces más grande que el resto del cuerpo. Por lo que se alcanzaba a ver de la cara bajo el tolondrón del vendaje, estaba pálido no como un muerto sino como la misma muerte. El clamor de un solo grito de treinta mil gargantas, parecido a una lamentación, saludó su presencia. El estaba allí otra vez. Como siempre. Lo malo que había sucedido no había sucedido. El Malabarista repitió su hazaña del último partido, incluso el panal del triunfo: 4-3. Y la clasificación del Sol. El estadio se vino abajo.

El jefe del servicio, los médicos de guardia y las enfermeras con caras de sorpresa y espanto verificaron que el cuerpo comatoso estaba allí, en su cama, la Nº 7, cubierto de congeladas gotas de sudor, olvidado de todo, aparentemente sin haberse movido.

–¡La cama estaba vacía hasta hace un rato! –explicó la enfermera jefe al patrón–. Durante una hora y media lo buscamos por todas partes, hasta en la escalera de incendio. Nadie lo había visto salir, ni entrar. No estaba en ninguna parte. Llamamos a la policía, a los bomberos. Lo andarán buscando todavía.

El patrón se inclinó a auscultarlo con el estetoscopio.

–¡Parece que tiene calzados unos botines de fútbol..! –dijo la enfermera, estupefacta, levantando una punta de la cobija y señalando con la mano temblorosa las extremidades del cuerpo yacente–. ¡Por lo menos... otra vez está allí!

–Sí... pero muerto... –dijo el patrón, irguiéndose con sorda irritación.

Salió de la sala a grandes zancadas, seguido por el séquito de túnicas y birretes blancos, apiñados en un cotorreo supersticioso sobre esos extraños botines de fútbol en los pies del muerto

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El séptimo papiro*, por Wilbur Smith (Emecé, 24 pesos). Continuación de Río sagrado, el libro retoma la aventura en una Africa actual donde un matrimonio encuentra un papiro que revela la ubicación de los restos del faraón Mamose. A partir de ahí se desata una carrera por obtener los beneficios que esconde la tumba.	2	4
2	*Mañana, tarde y noche*, por Sidney Sheldon (Emecé, 19 pesos). Un millonario muerto accidentalmente, una hija no reconocida reclamando parte de la herencia y una familia demasiado ocupada en ocultar negocios turbios conforman el cuadro de la nueva novela de Sheldon.	1	12
3	*La hora sin sombra*, por Osvaldo Soriano (Tesis-Norma, 15 pesos). A partir de un encargo para armar una guía de pasiones argentinas, el autor escribe una novela con un original humor negro basada en el azar de sus encuentros y las relaciones con atrayentes personajes que descubre en su viaje.	5	2
4	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	6	56
5	*Legítima defensa*, por John Grisham (Planeta, 22 pesos). El autor de Fachada y El cliente vuelve con una trama que incluye, como ya es su costumbre, intriga jurídica y quiebra moral.	7	3
6	*Santa Evita*, por Tomás Eloy Martínez (Planeta, 19 pesos). Las desventuras del cadáver de Evita, las historias secretas de la musa del peronismo y las investigaciones del autor-narrador son los tres afluentes de esta novela saludada por Gabriel García Márquez como un acontecimiento literario.	4	19
7	*La isla del día de antes*, por Umberto Eco (Lumen, 28 pesos). Eco ataca de nuevo con estilo *El nombre de la rosa*. Un náufrago llega a un barco abandonado y desbordante de extrañas maquinarias y prodigiosas invenciones. Allí, solo y condenado a no alcanzar jamás una isla próxima, el atribulado narrador desenredará los hilos de su existencia y de su época en sentidas cartas a una Señora igualmente inasible.	3	11
8	*Jaque al poder*, por Tom Clancy (Sudamericana, 16 pesos). El autor de *Juego de patriotas* y *Peligro inminente* vuelve a tejer una intriga en torno del poder y del gobierno de Estados Unidos. Esta vez el problema es un centro especializado en el manejo de situaciones límites que depende de los servicios de inteligencia y defensa y que es sometido a una difícil prueba.	8	3
9	*El mundo de Sofía*, por Jostein Gaarder (Siruela, 35 pesos). Una protagonista de quince años que responde al sugestivo nombre de Sofía deambula en medio de una historia novelada de la filosofía a la que se le suman elementos de suspenso y un manual de los puntos más importantes de la filosofía occidental desde los griegos a Sartre.	9	15
10	*La mesa de los galanes*, por R. Fontanarrosa (De la Flor, 15 pesos). Una Rosario mítica donde los témpanos bajan por el Paraná,hombres que se reúnen en un bar para contar infidelidades y negociados, rosarinos en Disneyworld defendiendo el honor latino: nuevas historias de Fontanarrosa donde el humor se cruza con la sátira despiadada.	–	1

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Año 2000, Las profecías*, por Víctor Sueiro (Planeta, 17 pesos). El autor de *El ángel* escribe ahora sobre los cambios que en la actualidad van anticipando el año más esperado, al tiempo que analiza las predicciones que hombres como Nostradamus se atrevieron a esbozar.	1	4
2	*No me dejen solo*, por Bernardo Neustadt (Planeta, 22 pesos). Un relato autobiográfico de uno de los periodistas más famosos y más discutidos de la Argentina. Neustadt relata la historia nacional en primera persona y explica su posición ambigua ante los sucesos más importantes y trascendentes.	2	3
3	*El libro de las virtudes*, por William J. Bennett (Vergara, 28 pesos). Textos breves que hablan de la filosofía de la vida y del mundo con la intención de generar, con la modalidad de un libro de autoayuda, reflexiones útiles a las personas.	3	10
4	*Eva Perón*, por Alicia Dujovne Ortiz (Aguilar, 18 pesos). Una nueva biografía de la mujer más importante que tuvo la historia argentina donde se relatan desde los ingredientes del melodrama y de la novela policial que fueron parte de la vida de Evita hasta los hechos que la llevaron desde su origen al cargo de jefa espiritual de la Nación.	4	6
5	*La novena revelación: Guía vivencial*, por James Redfield y Carol Adrienne (Atlántida, 14,90 pesos). Complemento de la exitosa novela, este libro de autoayuda desarrolla extensamente las utilidades de las nueve revelaciones para descubrirlas en la vida cotidiana.	5	24
6	*Historia integral de la Argentina, IV*, por Félix Luna (Planeta, 22 pesos). El cuarto de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de Soy Roca. El libro abarca los comienzos del siglo XIX, abordando temas como los cambios en el Río de la Plata después del rechazo de los ingleses y los factores que incidieron en la Revolución de Mayo de 1810.	8	7
7	*Ser digital*, por Nicolás Negroponte (Atlántida, 21 pesos). La influencia de las computadoras en la vida del ser humano. Cómo será la convivencia entre las máquinas y el hombre en el futuro y cuál será el desarrollo de los seres digitales en el siglo XXI.	7	14
8	*Nada más que la verdad*, por Sergio Ciancaglini y Martín Granovsky (Planeta, 19 pesos). Una selección de textos sobre la guerra sucia, las confesiones y autocríticas militares. Testimonios de los sobrevivientes, de familiares de desaparecidos y de los abogados del juicio a las Juntas y las declaraciones de Massera en un libro que amplía las crónicas con que sus autores ganaron el Premio Rey de España.	9	10
9	*Chocolate caliente para el alma*, por Jack Canfiel y Mark Hansen (Atlántida, 14 pesos). Noventa historias de la vida real contadas conel fin de ayudar a encontrar el optimismo, la serenidad y la confianza ante un mundo complejo y despiadado.	–	1
10	*La trampa*, por Sir James Goldsmith (Atlántida, 18 pesos). El libro donde el financista y eurodiputado británico plantea los problemas más graves que trae aparejada la economía de mercado: la creciente pobreza y marginalidad, la globalización económica y las consecuencias de la estabilidad. El libro de cabecera del presidente Menem plantea una salida a las cuestiones económicas más actuales.	–	6

Librerías consultadas: Del Turista, Expolibro, Fausto, Gandhi, Hernández, Librerío, Librería del Fondo, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); Boutique del Libro (Lomas de Zamora); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Laborde, Lett, Nueve de Julio, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).
Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas: esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión.

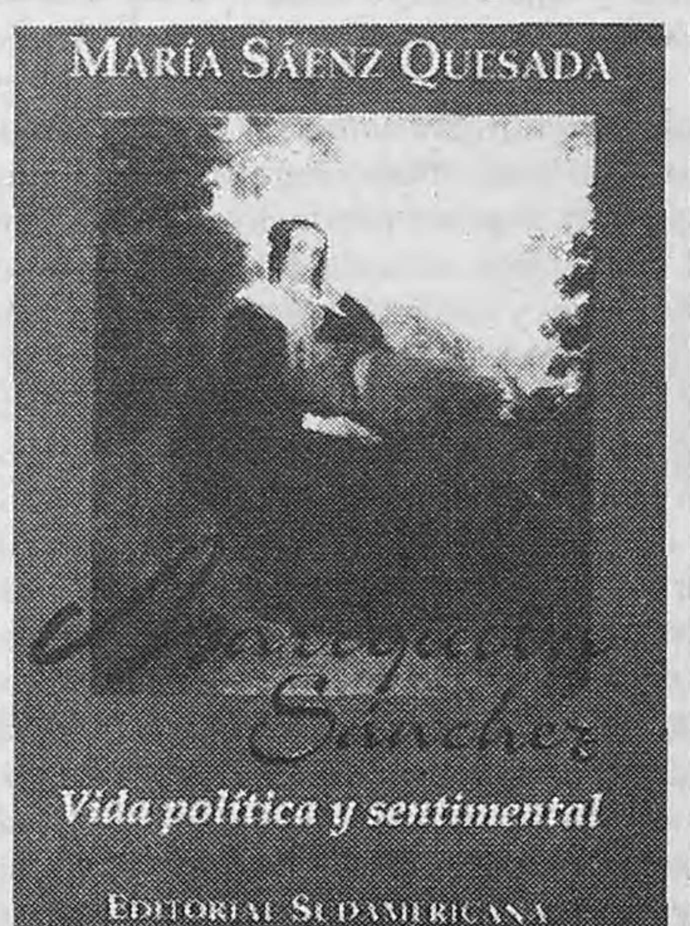
RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Jorge Salessi: *Médicos, maleantes y maricas* (Beatriz Viterbo): Una interesante y polémica relectura de la cultura argentina a partir de toda una serie de documentos secretos donde figuras que van desde Echeverría a José Ingenieros persiguen lo diferente igualándolo a una enfermedad.

Carnets///

ENSAYO

Mujeres de la Revolución



MARIQUITA SANCHEZ. VIDA POLITICA Y SENTIMENTAL, por María Sáenz Quesada. Editorial Sudamericana, octubre de 1995, 345 páginas.

Si se piensa en una mujer en los tiempos del Virreinato del Río de la Plata, o en un testigo femenino de los días previos a Mayo y de las pasiones y enfrentamientos que siguieron a la revolución, aparece indefectiblemente el nombre de Mariquita Sánchez de Thompson. Aunque acompañada en su hacer público por otras mujeres patricias, como Carmen Quintanilla (esposa de Alvear), Remedios Escalada, la señora de Sáenz Valiente, Mercedes Lasala de Riglos, la historia siempre la prefirió a la hora de congelar el arquetipo de la mujer criolla. Así, para el centenario de la Revolución de Mayo, quedó centrada desde el cuadro del pintor chileno Pedro Subercasseaux, en su salón, acompañando con el arpa a Blas Parera en la inauguración del Himno Nacional.

La biografía de María Sáenz Quesada, *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*, logra que su figura cobre movilidad al volverla un recurso para narrar las contradicciones del período histórico que le tocó vivir, la intimidad del poder de la oligarquía porteña, las ambigüedades frente a lo europeo, las costumbres y las intrigas de los salones culturales y políticos. Para esta historiadora –subdirectora desde 1985 de la revista *Todo es Historia* y autora de *La República dividida* (1974), *Los estancieros* (1980), *Mujeres de Rosas* (1991) y *Los presidentes y el humor* (1989), entre otros– la existencia pública de este personaje femenino "nos invita a transitar la época de rupturas y de incertidumbres que transcurre entre el tiempo de los virreyes y la presidencia de Sarmiento. 82 años plenamente vividos en los que aparecen los sentimientos, la política y la transgresión, abierta u oculta, dentro del sector social que lideraba". De este modo, la rebeldía que inaugura la vida pública de Mariquita, el proceso judicial que encara junto con su amado Thompson para lograr la autorización para casarse que sus padres le negaron y el fallo del virrey Sobremonte a favor de los novios que sentó jurisprudencia, es leída como "el punto de partida de una nueva sensibilidad social ante el matrimonio", pero también como la voluntad de la corona de imponerse a las corporaciones y a los clanes familiares.

Igualmente el atractivo principal del libro es la reconstrucción que hace de la no muy difundida actividad pública de las mujeres de alto rango social en los primeros gobiernos patrios, los que, desde Rivadavia, vieron en ellas un auxiliar poderoso, no sólo en la difusión de la música y la literatura culta, sino también en el fortalecimiento de la sociedad civil y laica, al encargarles desde la Sociedad de Beneficencia la dirección y control de actividades y entidades hasta entonces reservadas a la Iglesia: la escuela de niñas, el Hospital de Mujeres, la Casa Cuna y la de Partos Públicos y Ocultos, el Colegio de Huérfanas y la Cárcel de Mujeres. La oligarquía tuvo en Mariquita un "árbitro de la cultura y del buen gusto", viuda de su amado Thompson y casada nuevamente con Juan Bautista Washington de Mendiville, miembro de una noble familia francesa, su hogar fue el centro obligado de la sociabilidad de todo ilustre habitante de Buenos Aires y visitante extranjero. Cuando la hegemonía de los nombres patricios comienza a tambalear con la llegada de Rosas al poder, le será difícil soportar –aunque amiga de la infancia del gobernador– esos aires de barbarie que circulan por su Buenos Aires. Atrincherada en su casa, abre las puertas de su salón a la Joven Generación Argentina; sostiene Sáenz Quesada que "para la juventud romántica, Mariquita tenía la aureola de haber conocido aquellos tiempos fundadores cuyo espíritu ellos querían recuperar. Femenina y maternal, relacio-

PERSIANA AMERICANA

La frescura de la utopía

COMANDANTE MI COMANDANTE, por Uriel Sokolowicz Porta. Ediciones Delfín, 1995, 126 páginas.

El 9 de octubre pasado hizo veintiocho años del fusilamiento en Bolivia del comandante Ernesto Guevara. Durante estas casi tres décadas, por su nombre corrieron ríos de tinta y cientos de libros analizaron, desde distintas posiciones e ideologías, su trayectoria revolucionaria. La pregunta inevitable es qué puede aportar un nuevo trabajo sobre el Che. Fundamentalmente, frescura. *Comandante mi Comandante* está escrito por un joven de diecisiete años, y dice: "...el magnético poder del Che (fue) un imán para millares de jóvenes protestatarios, románticos, voluntaristas y más cercanos de la emoción que del análisis dialéctico. Quizás (...) yo sea uno de esos jóvenes que admira el ejemplo del Che a través de la emoción y no a través del análisis". Anécdotas contadas por quienes conocieron a Guevara, relatos de sus compañeros en la guerrilla, poemas de Mario Benedetti y artículos de Marta Harnecker, Ernesto Sabato y Ricardo Rojo –entre otros– sirven de marco teórico para que Sokolowicz Porta defienda sus ideas. Y por suerte, luego de tantos y tantos títulos sobre el héroe argentino-cubano, la cuota de aire fresco de este libro pone el acento allí donde era necesario. O como dice su autor: "Quizá sea cierto que en el mundo está todo dicho, sólo hace falta buscar".

COLOR 70 (1978-1993), por Manuel Barcia. Libros de Tierra Firme, 1995, 124 páginas.

La poesía argentina conoció momentos de esplendor militante durante las décadas del 60 y del 70. Determinar una generación resultó, por entonces, una tarea de dudosa eficacia. No eran los años de edad de los escritores, y ni siquiera las fechas de edición de sus primeros trabajos, los que marcaban los límites de pertenencia sino las lecturas de los materiales que circulaban. Es el caso de este primer libro de Manuel Barcia (Buenos Aires, 1956). Amparado en los ecos de Juan Gelman y de Humberto Costantini, Barcia, a lo largo de los quince años de poesía que se incluyen en la antología *Color 70*, muestra la visión de una actitud contestataria que –para bien o para mal, según los casos– se fue perdiendo en las tranquilas aguas del descorazonamiento posmoderno.

VIENTO NORTE, por Bruno Podestá. Ediciones Trilce, Uruguay, 1995, 168 páginas.

Los veintinueve relatos que se recopilan en este *Viento Norte* fueron originariamente publicados en el periódico peruano *Gestión*. En un estilo emparentado con la crónica, Podestá toma tanto de la realidad como de la ficción para imponer la mirada como centro creativo de su actividad literaria. Así, desfilan ensayos –como el dedicado a Mario Vargas Llosa–, reflexiones sobre las ilusiones izquierdistas –el derrotero intelectual y las utopías perdidas– y breves cuentos donde se ponen de manifiesto las diversas huellas multiculturales propias de cualquier ciudad latinoamericana. El autor, limeño nacido en 1946, utiliza el humor, el desenfado, el lirismo y cierta cuota de malestar por el paraíso perdido para desentrañar la eterna pregunta sobre los orígenes de los americanos del sur.

de Mayo

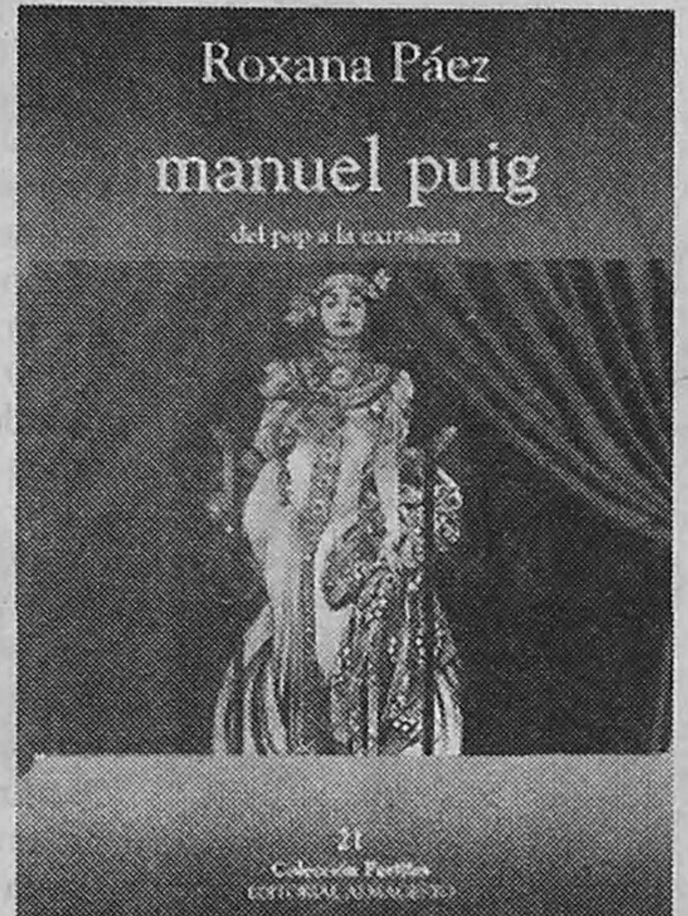
nada con todos, memoria viva de mayo, se adecuaba especialmente para ese rol fundante".

El manejo exhaustivo de la documentación, conjugado con la riqueza testimonial de las cartas que escribió y recibió la protagonista, como con el uso inédito de páginas del manuscrito de Mariquita Sánchez, *Recuerdos del Buenos Aires virreinal*, logran una buena convivencia en la biografía de Sáenz Quesada, acentuando aquellos rasgos de su personalidad y hechos de su vida que sirven asimismo para medir los cambios que fueron transformando la colonia en un país obstinado con su identidad política y nacional.

GABRIELA LEONRAD

ENSAYO

Manuel Puig bajo la lupa



MANUEL PUIG. DEL POP A LA EXTRAÑEZA, por Roxana Páez. Buenos Aires, Ed. Almagesto, 1995, 172 páginas.

Leer a Puig. Aun a riesgo de soportar el peso de una *maldición eterna*, Roxana Páez asume la tarea de producir un discurso crítico en torno de un autor que no ocultó su rencor hacia los críticos, quienes al parecer lo tuvieron en el olvido mientras él cosechaba reconocimiento en el exterior. Cierto es que, tal como la autora comenta, el furor puigueano apuntó por lo general a la crítica periodística más que a la académica o especializada, quien sin duda consideró desde un comienzo que los textos de Puig podrían ser materia de interés para su reflexión. Tales los casos fundadores de artículos como los de Ludmer o Piglia, pero también de la reseña de *Boquitas pintadas* de H. Schmucler publicó en la revista *Los libros* (quizá el primer texto que postula la ausencia del discurso propio en las novelas de Puig y genera toda la posterior polémica acerca de la *alienación* de los personajes puigueanos en la cultura de masas). En esta tradición de crítica especializada que continúa con textos como los de Panesi, Pauls o Amícola –por nombrar sólo a los argentinos– y aunque no sea una tradición necesariamente homogénea, es donde se inscribe este libro de Roxana Páez, un libro que a pesar de querer evitar una discursividad académica "para iniciados", no por ello deja de evidenciar la problematización teórica que sustenta la lectura.

El texto reúne una serie de ensayos en cierta medida independientes pero que van delineando un recorrido posible por la obra. El rechazo de un afán sintetizador que pudiera construir un "perfil" de Puig (a instancias del carácter de la colección), hace que no todos los textos queden dentro del marco de la lectura. En algún caso, como en el de *Pubis angelical*, y a partir del señalamiento de una percepción viciada por la voz de Graciela Borges, reconocemos ampliamente la decisión de la autora de no tomar en cuenta esta novela como materia; en otro, como *Cae la noche tropical* –la última novela publicada– habríamos quizá esperado encontrar en el texto la clave para su exclusión. De todos modos, la agrupación de obras que realiza la autora y que marca el disparador del recorrido resulta pertinente y productiva. Aunque los textos no fueron escritos siguiendo a las novelas en forma cronológica, el libro los reúne, sí, respetando las fechas de aparición, disposición que se complementa con una detallada cronología al final.

Uno de los argumentos fuertes que recorren el libro, es aquel que lo liga al subtítulo: *Del pop a la extrañeza*. Básicamente trabajado a partir del análisis de *Boquitas pintadas*, da cuenta de lo que la autora denomina con acierto la *doxa* que ya ha decantado entre una mayoría de lectores especializados, esto es la lectura no de la supuesta parodia de la cultura de masas que los textos de Puig pondrían en escena sino de un particularestatuto textual que involucra el *bricolage* que trabaja con la discursividad de la cultura de masas –pero también con residuos de muchas otras discursividades– y que podría ligarse a una estética pop, y que involucra también el corte, la brecha y la mirada extrañada. De lo que resulta una compleja red de percepciones que ubica al lector, parafraseando a la autora, no tanto en el distanciamiento paródico sino en una arqueología del sentimentalismo, en el que Puig mismo se siente inmerso.

Finalmente, otro de los intereses del libro radica en la lectura –a través de varias novelas– de una estrecha relación entre las políticas autoritarias de constitución de subjetividades y sexualidades y el autoritarismo político en la Argentina, relación leída a partir de un buen manejo de la materia textual y una adecuada documentación bibliográfica en la que se reúne casi todo lo significativo que se ha escrito sobre el autor.

CLAUDIA KOZAK

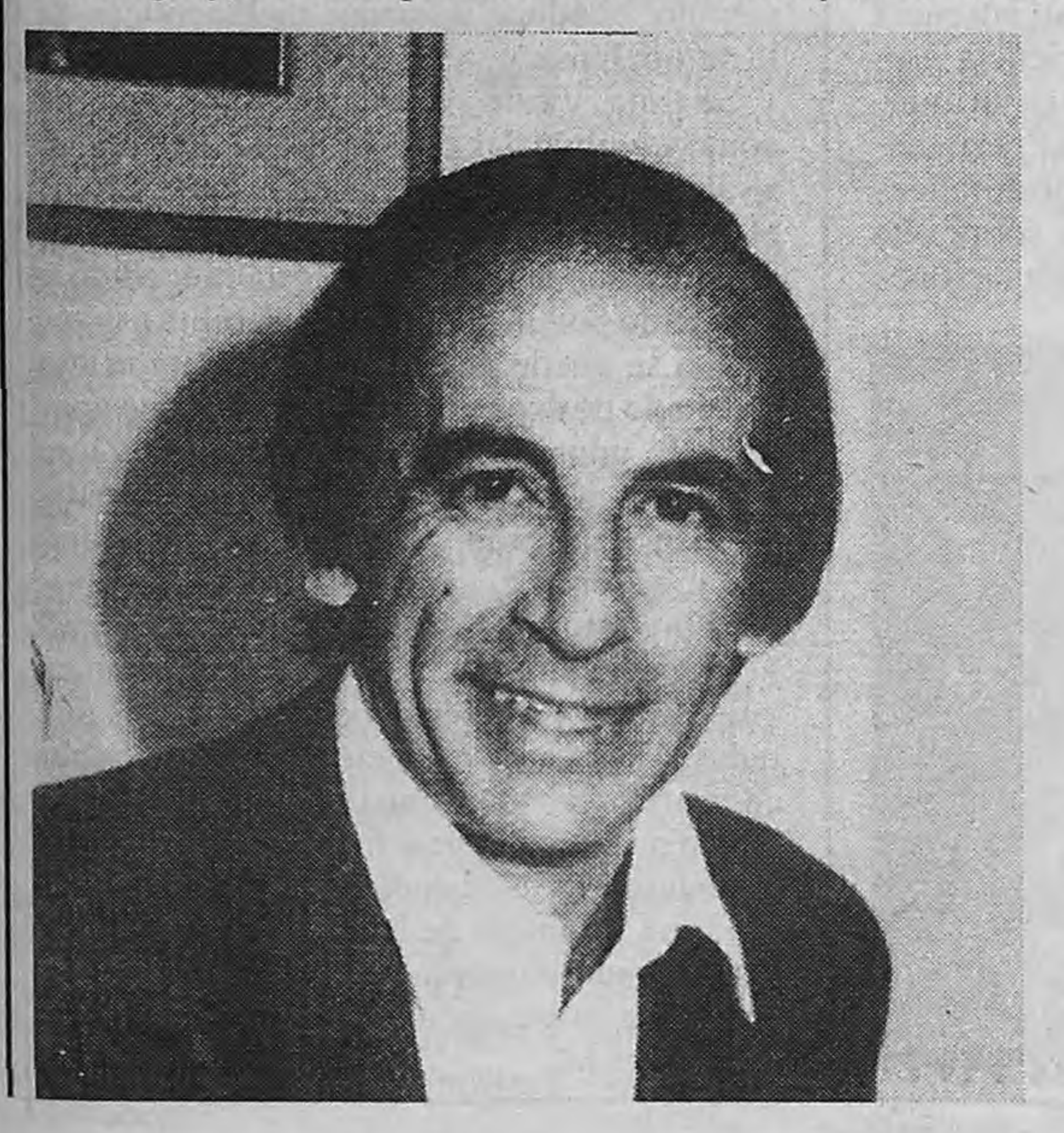
NOVELA

Las dictaduras del Cono Sur

LA BALADA DE JOHNNY SOSA, por Mario Delgado Aparaín. Ediciones B, Colección Tiempos Modernos, 1995, 126 páginas.

Muchos escritores sudamericanos tomaron como argumento narrativo la dictadura militar. Este fenómeno no es extraño si se tiene en cuenta que la característica que distinguió a los países del sur del continente americano, a lo largo de la década del '70 y principios de la del '80, fue la de haber padecido dictaduras, en todos los casos encarnadas indefectiblemente por sus fuerzas militares. Salvo raras excepciones, como las de Colombia y Venezuela, el resto de los países sufrió esta trágica experiencia política. Si bien los militares han abandonado el ejercicio de aquel uso de poder, no por ello las secuelas sociales, económicas, políticas y humanas que quedaron como residuos de su gestión aún no han sido suficientemente elaboradas. Tal el caso, por ejemplo, de la desaparición sistemática de personas practicada en Argentina, Chile y Uruguay.

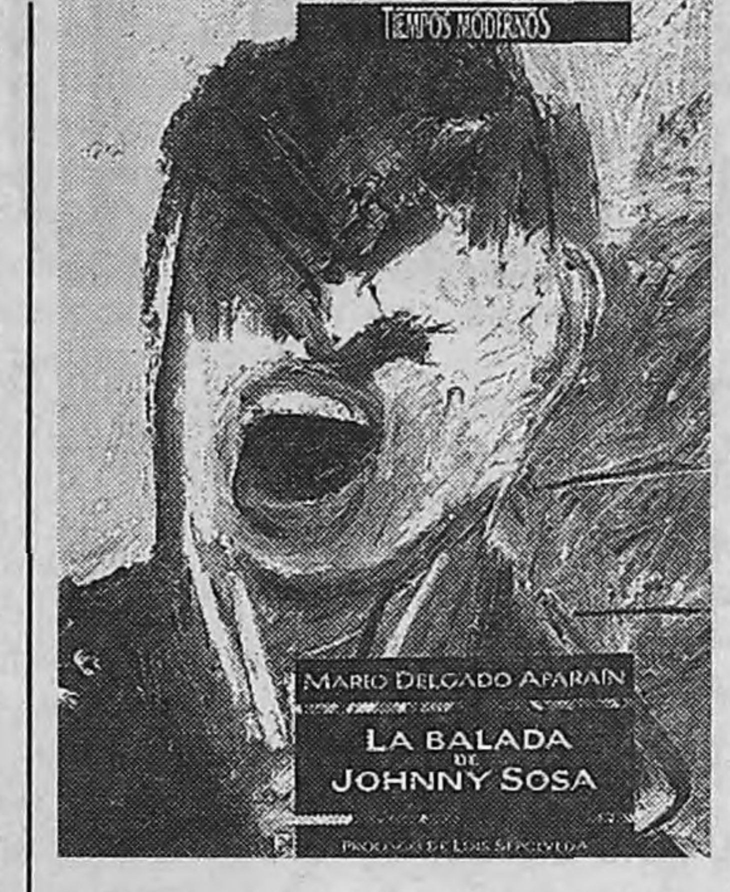
La balada de Johnny Sosa es una novela que tiene como referente directo los hechos políticos antes descriptos. Mario Delgado Aparaín (1949, Florida, Uruguay) hasta la aparición de este libro habría publicado una colección de cuentos titulada *Causa de buena muerte* (1982) y dos novelas cortas, *Estado de gracia* (1983) y *El día del cometa* (1985). Como otros escritores uruguayos, sufrió los efectos de la dictadura militar. Mario Benedetti, Cristina Peri Rossi, Eduardo Galeano, etc. se vieron obligados a tomar el camino del exilio; el caso de Mario Delgado Aparaín es distinto: si bien él se quedó en su país, optó por el "exilio" interno, y replegándose en el interior pudo desempeñar su labor periodística, trabajando en medios de prensa de provincia. Tal vez allí haya recogido parte del material que desarrolla en sus obras.



Mario Delgado Aparaín.

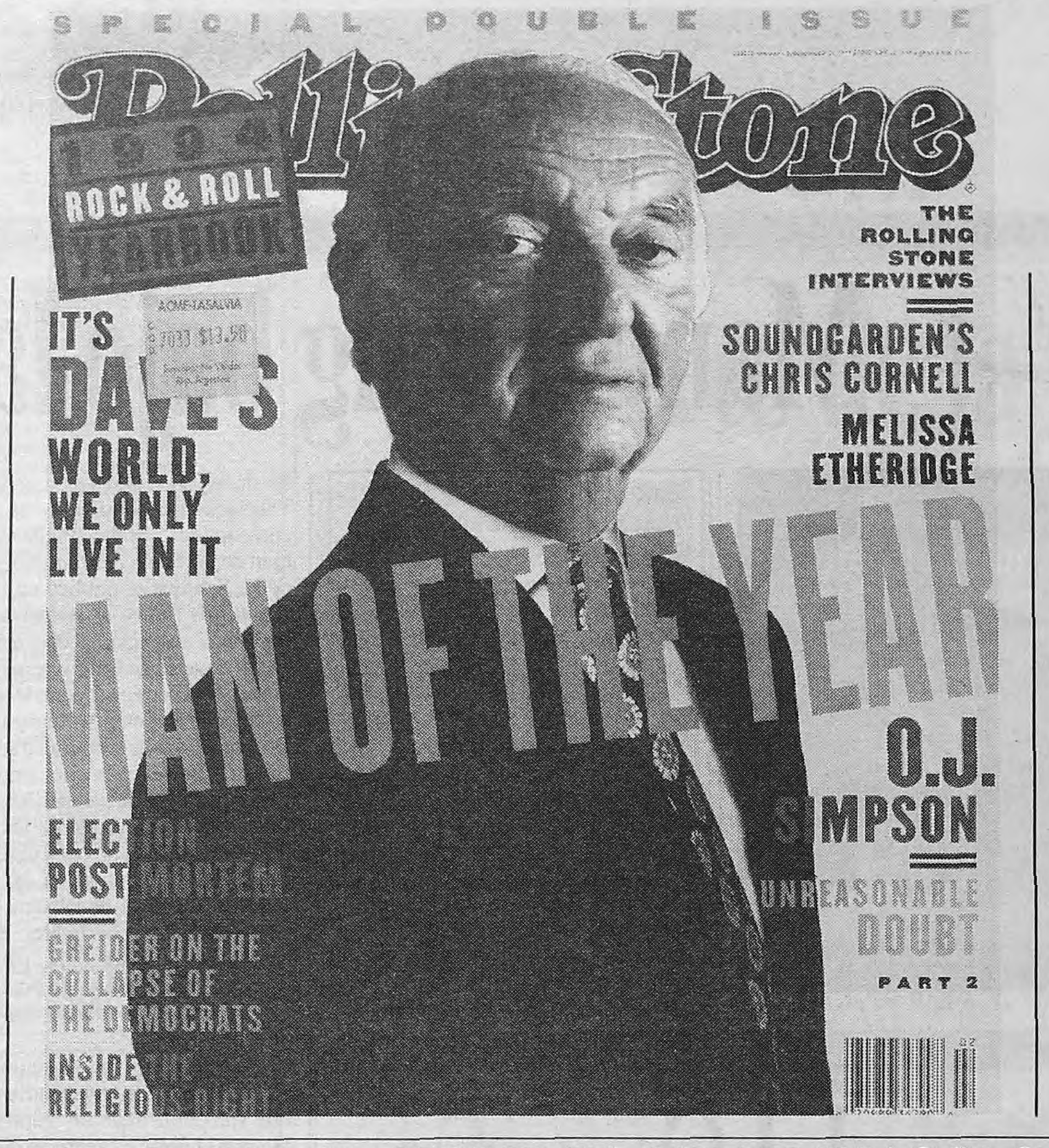
La historia se desarrolla en Mosquitos, un caserío del interior de cualquier país sudamericano, un ambiente apacible y monótono que sorpresivamente una madrugada ve alterado su ritmo de vida, incluso su geografía, por la irrupción de tropas militares. A partir de la invasión, un aparato de radio japonés ya no ensordece a los vecinos, los militares lo prohíben porque "en onda corta hablan mal del gobierno", por otro lado prohíben que salga al aire el locutor de la emisora de radio local, y también pretenden devolver a las prostitutas a su lugar de origen, el Brasil.

El personaje central de la historia –Johnny Sosa– es un negro que acostumbra a esperar que amanezca observando el caserío desde un agujero en la pared de su casilla, y escuchando la emisora local. Por las noches toca la guitarra y canta blues y rock –un inglés incomprensible sale de su boca desdentada– en el prostíbulo y vive de las propinas que le ofrecen los clientes; no necesitaba mucho más para ser feliz. Al igual quetodos los habitantes de Mosquitos, Johnny Sosa también ve alterada su vida a partir de la asonada militar. La descubre una mañana mirando a través del agujero; las nuevas autoridades intentan convertirlo en cantante de boleros y arreglarle la dentadura. Su mujer –la rubia Dina– repite periódicamente "por algo será" justificando las insensatas disposiciones gubernamentales. Y Johnny se pregunta si es tan bueno "eso de dejar su destinos en manos de los sabios".



La opresión, la violencia, la libertad, la resistencia son los temas principales que se repiten en el libro. En este sentido, la novela es una metáfora que condensa elementos propios de cualquiera de las dictaduras sudamericanas. En el prólogo, Luis Sepúlveda dice que "es la primera historia escrita por un latinoamericano en la que los buenos ganan por goleada"; si bien esta generalización es un tanto excesiva, hay que remarcar que *La balada de Johnny Sosa* es una narración que revela un compromiso que, desde un espacio estético, alcanza una posición ética. Y ése es un valor singular que distingue a esta novela.

RAUL GARCIA



BERNARDO NEUSTADT: NO ME DEJEN SOLO

LA CARA ROSADA DE UN OFICIO

MARCOS MAYER

La selección de artículos de la revista norteamericana *Rolling Stone* que acaba de publicar Ediciones B –y que es una traducción de la aparecida en Nueva York en 1993– y *No me dejen solo*, la celebratoria autobiografía de Bernardo Neustadt, permiten ciertos acercamientos a los devenires del periodismo en la Argentina, aunque pueda resultar un tanto injusto con el pobre Bernardo quien, al fin y al cabo, vive en el lado rosado de un país del Tercer Mundo y aparentemente lejos de las posibilidades de aventura del periodismo en un país desarrollado.

La reacción periodística frente al libro de Neustadt fue denunciar las ausencias y borramientos de una trayectoria de cincuenta años en los medios. Frente a esto, podría argumentarse que –y esto todo aquel que haya escrito, leído o redactado su propia vida o la de otros lo sabe– cada uno cuenta las cosas como quiere o puede. Ninguna historia de vida es "verdadera", se trata de una construcción ordenada desde el lugar al que se ha llegado que es, en definitiva, el punto que determina aquello que debe ser narrado, olvidado o subrayado. En el caso de *No me dejen solo* lo más interesante es la actitud de Neustadt que recorta su historia contra el trasfondo de un periodismo que no lo reconoce. Lo que importa no es lo que falta sino lo que está.

"El éxito deja solo. A qué soledad me refiero: ¿Tengo aceptación de la gente? Sí, si no fuera así no sería quien soy. ¿Tengo la aceptación de mis pares? No. Y no puedo dejar de preguntarme por qué. A lo mejor es una utopía personal que Salieri pudiera reconocer en Mozart el talento, o pensar que el psiquiatra que competía con Freud lo reconociera como mejor, o al menos como igual."

A estas preguntas cabría agregar si será la megalomanía la enfermedad infantil del periodismo. O para decirlo lejos de la gloriosa combinatoria Mozart-Freud, ¿por qué debe un periodista escribir su historia y exhibirla? Porque si bien la contratapa define a Neustadt como un "testigo privilegiado de la historia argentina", *No me dejen solo* no puede abandonar jamás la primera persona. Bernardo no se escribe como testigo sino como protagonista. Y está bien, ¿por qué no? Al fin y al cabo, el libro aparece en un estado de cosas en el que periodistas entrevistan a periodistas y donde el oficio se presenta en la mayoría de los medios como una forma más o menos acabada del heroísmo.

El libro de Neustadt es el punto terminal, en lo triunfal y también en lo agónico, de un lugar del periodismo en la sociedad argentina. La figura de Bernardo se ha ido construyendo al unir dos perspectivas periodísticas aparentemente contradictorias, pero que suelen ser el fundamento de su práctica cuando se la piensa como la construcción de la opinión pública. Una es una idea de la vida como compartimentos estancos: la política la hacen los políticos, los economistas se ocupan de hacer la economía, la cultura es un asunto del que se ocupa la "gente de la cultura" –neologismo reciente, inventado para una especialidad inexistente–. La otra inclusión, que parece ser la opuesta, es la presencia del "opineitor": la ausencia absoluta de especialización. Pero hay algo que une este estado de opinión permanente con los carriles unidireccionales: la posibilidad de construir espacios previsibles, ordenados, justamente aquello que falta cuando se lee la antología de *Rolling Stone*.

Muchos de los hechos narrados en esta revista fundada en California en 1967 son conocidos o superados por la historia: los efectos de los alucinógenos, la aparición explosiva del reggae, los peligros de la industria nuclear. Otros forman parte de un localismo con fronteras: el ingreso de grupos negros al rock, algún episodio de violenciafamiliar, las sospechas sobre la inocencia de Jerry Lee Lewis en la muerte de su esposa. Hay algunas notas que son realmente inolvidables, una entrevista a Marlon Brando, un retrato de John Belushi, la muerte de Elvis contada por Greil Marcus. Sin embargo, y eso se nota sobre todo en los más distantes en el tiempo, lo que primaba era un ánimo a contrapelo: descubrir la realidad, no trabajar para confirmarla. Para eso hacía falta renegar del presupuesto de la especialización tanto como de la necesidad de los opinadores profesionales. La cultura estaba atravesada por la política, la economía era un hecho cultural, la política tenía que ver con la economía y todos estaban sumergidos en ese mundo. *Rolling Stone* era un nombre posible del universo y se trabajaba para no segmentarlo sino para armarlo y presentarlo como un lugar temible y atractivo.

> El hecho de que Bernardo Neustadt construya su monumento en vida -como lo planteó al presentar "No me dejen solo"– puede ser leído como un síntoma de los rumbos y la función del periodismo en la Argentina. Una evidencia que la lectura de una antología de lo mejor de la revista "Rolling Stone", por oposición, ayuda a poner aún más en claro.



Y esto está fuertemente tramado con la idea del oficio. Para citar ejemplos locales, Arlt sostenía que los buenos periodistas eran pocos porque para ser buen periodista había que ser buen escritor. Borges aprendió de su experiencia en el diario *Crítica* un modo de la literatura que implicaba seguir lo impensado y supuestamente menos noble del periodismo: su trabajo con los seres infames, esos que aparecen como un relámpago para desmentir los pronósticos rutinarios de la realidad. Walsh, en el prólogo de *Operación Masacre* se refería "a otras cosas que hago para ganarme la vida y que llamo periodismo, aunque no es periodismo". Ninguno de estos autores es reivindicado en su ejercicio del periodismo. El caso de Walsh es sobre todo llamativo. Para la política ha trascendido su lugar de militante, para la academia vale su lugar en la literatura, pero casi nunca se lo rescata como un modelo periodístico.

Pero lo que aparece en los tres y lo que los emparenta con *Rolling Stone* es su ausencia de lo que podría llamarse "conciencia gremial". Claro, todos ellos escribían en un mundo que no estaba pensado para el periodismo. "No podía haberme imaginado entonces que algún día hacer un reportaje sobre una banda implicaría semanas de negociaciones con promotores, que darían como resultado una sesión de dos horas en la habitación de un hotel y después...se acabó", se lamenta Daissan Mc Lane en el prólogo escrito en 1992 a una nota sobre Aerosmith publicada en la revista en 1978. Al no formar parte de una serie informaciones abiertas desde el poder o por los agentes de prensa, el oficio podía ser pensado desde lo imprevisible y echando manos a otros saberes: ni el de la especialización ni el del *opineitor*. "Cualquier periodista, como narrador que es, se esfuerza por escribir textos totalizadores y simétricos, por lograr una narrativa que después de dar la vuelta al tema retorne al principio como si dijese 'Aquí, encerrado hay todo un mundo'", plantea Samuel G. Freedman, quien empezó a escribir en *Rolling Stone* a partir de 1978.

Greil Marcus, autor de un libro imprescindible para entender los '80, *Rastros de carmín*, sostenía que la revista era un ámbito "en el que los lectores buscaban unos textos que rompieran las fronteras de lo establecido, que fueran más allá de los límites". El periodismo era una de las formas posibles de abrir la senda de esos límites sin saber lo que había más allá.

Neustadt plantea otra clase de sueño, que de esa materia está hecho el capítulo final de *No me dejen solo*, donde cuenta que, luego de una entrevista con De Gaulle, "me dormí queriendo ser periodista. Me desperté tratando de tener influencia en mi sociedad. Me acosté soñando con la gloria de ser querido... por el público". La escena sigue mucho tiempo después en la presentación del libro. El canciller habla del libro refiriéndose a que "Bernardo es un mimoso" y detrás de él hay un enorme cartel con el retrato del inventor del "Tiempo Nuevo"como para rubricar la constancia del estado de sueño.

Para Neustadt el sueño no terminó, mientras que para Arlt o Walsh o sus colegas de *Rolling Stone* fue una pesadilla en blanco y negro o en los colores engañosos de la psicodelia. Pero repleta de riesgos y sorpresas. Su periodista no es un ser que sabe, apenas puede intuir que el mundo –y en ese sentido las *Aguafuertes porteñas* de Arlt son un ejercicio jubiloso de lectura– es un caos y pretende andar en él con una brújula prestada.

Hoy se hace muy difícil desmentir los argumentos del triunfo –que algunos llaman *rating*– con otro tipo de apelaciones. Sin embargo, es muy difícil saber de qué se trata el periodismo cuando se convoca las certezas morales de la verdad y la mentira. La moral siempre conduce a formas melancólicas de la autodefensa.

Se trata, y esto Neustadt lo sabe bien, de cómo nombrar las cosas ("El 17 de octubre se abría para la Argentina un *tiempo nuevo*", el subrayado es de B.N.). Se puede creer y sostener que el periodismo está precedido y sostenido por un poder que lo habilita a nombrar o se puede practicarlo como un oficio en estado de espera y esfuerzo para que aparezca lo impredecible y hacerle lugar a que el mundo avance, generalmente en el sentido menos deseado. Vaya a saberse por qué razón, se repite el verbo *dejar* en los dos slogans favoritos de Neustadt: "lo dejamos ahí" y "no me dejen solo". Lo que queda claro es quién dirige y a quién deben dirigirse las miradas. Y no es un problema de que se hable en primera persona sino del lugar adonde se indica que deben mirar los demás. El retrato gigantesco de Neustadt es la renuncia a la aventura a cambio de la celebración del poder. Cuando el camino se cierra y el punto de partida es una excusa para instalar el punto de llegada.